

Del poeta al prelado

Fragmentos de un discurso
del gran Zorrilla

EUANDO SE CUMPLIERON las bodas de plata del Club Católico, el gran poeta de la patria, doctor don Juan Zorrilla de San Martín, trazó un hermoso perfil de Monseñor Soler.

Transcribimos algunos párrafos de ese magistral discurso:

He dicho, señores, que no me es posible recordar los detalles de la fundación de nuestro Club. Pero al lado de la matinal figura, apagada en la muerte, de su joven primer presidente, yo veo otra de muy distinto carácter, que en vano he pretendido desvanecer en el conjunto; ella se me ha impuesto, me ha salido al encuentro de todas las páginas del primer libro de actas que acabo de recorrer. Es la de un joven, un joven sacerdote, en aquella sazón de Roma, donde había terminado brillantemente sus estudios y recibido las sagradas órdenes, se constituyó, gracias a su rotación vertiginosa, en núcleo de atracción de todos los elementos católicos dispersos en el país. El fué, sin duda alguna, quien sugirió a Monseñor Vera la idea de la fundación de este Club.

¡Qué entusiasmo, señores, qué actividad, qué ubicuidad, iba decir, la de aquel joven propagandista! Estaba en todas partes: En la cátedra, en la tribuna, en el gabinete científico, en las academias recién nacidas, en el corrillo de los jóvenes a que antes me he referido, y que le rodeaban fascinados; él es el alma, él es el nervio, es el eje de todo aquello. Funda un liceo o universidad católica, en que se forma la mayor parte de los que hoy presiden nuestro movimiento; establece sociedades científicas y literarias; organiza museos, gabinetes y laboratorios; publica libros de ciencia, de controversia, de historia; da conferencias apoloéticas, en que pone de manifiesto su gran caudal de ciencia y de erudición; provoca discusiones públicas, en las que se ve asaltado por legiones tempestuosas que vociferan, mientras él permanece sereno, impassible, con esfinge de piedra. Ese joven sacerdote providencial fué el organizador de todo cuanto hoy existe en materia de organización católica en nuestro país; él ha sido siempre, desde entonces, el conservador de todo, a través de todas las dificultades y desalientos, y el ejemplo de toda virtud, de toda fortaleza, de toda negación; él ha aceptado, como talladas expresamente para él, todas las cruces que son el lote obligado del propagandista católico en nuestros tiempos... Y, para no rechazar, señores, la más pesada, que le fué impuesta por Dios de una manera providencial, ha aceptado por fin la cruz pectoral de predalo del Uruguay.

Ese joven sacerdote, que fué el alma y el nervio principal de la fundación de este Club, no ha muerto, señores, gracias a Dios, como Tabares; está ahora, felizmente, entre nosotros, y tiene que hacer un nuevo sacrificio en obsequio de su causa, al resignarse a escuchar mis palabras: es Monseñor Soler, dignísimo y querido prelado me-

tropolitano del Uruguay, que preside nuestra fiesta, y a quien, en nombre de este Club, que fué su obra, presento reverente las protestas de nuestra gratitud y nuestro amor. Se las presento, señores, sin el más mínimo temor de envanecerlo; ¡oh, no hay cuidado! Yo bien sé, señores, cuánta verdad encierran las palabras que él se ha arrancado del alma generosa, para escribirlas, como mote heráldico, en su escudo episcopal: Asit gloriari nisi in cruce. Mi sola gloria es la cruz.

